

## El temor a concordar

**E**S frecuente ver expuesta la necesidad de precisar los marcos del debate político, en nuestra actual realidad cívica. El tema me parece, sin duda, válido e interesante. Sin embargo, pensando en torno a él me ha surgido la inquietud de cuán poco se repara en que quizás más real y delicado que un posible temor a discrepar, es la existencia de un paradójal temor a concordar. Y éste alcanza por igual a gobiernistas y opositores.

Muchos partidarios del Gobierno temen que cualquier concordancia con algún planteamiento de un opositor, sea recelado desconfiadamente por la autoridad, como un posible indicio de "pacto" que se estaría buscando al margen de ella.

Y, a su vez, dentro de la oposición, muchos temen que cualquier coincidencia con algún punto de vista de un gobiernista —o con una determinada obra o medida del Gobierno— pueda percibirse entre sus congéneres opositores como un signo de "debilidad" frente a éste.

**L**AS consecuencias de dicho "mirar sólo hacia adentro" del respectivo sector en que cada cual se encuentra ubicado, no pueden re-

sultar más negativas. Las posiciones se polarizan, haciéndose crecientemente rígidas. Se prefiere opinar buscando el beneplácito de quienes lideran ya sea el Gobierno o la oposición, según el caso, antes que expresar lo que íntimamente se estima verdadero. Surge, así, un abismo infranqueable entre el Gobierno y todos sus opositores, más allá del real grado de discrepancia que con algunos de ellos existe.

La gravedad del fenómeno descrito es enorme.

En efecto, toda democracia funda su estabilidad en la existencia respetada de un consenso mínimo o básico, indispensable como cimiento de cualquier discrepancia constructiva y civilizada. Gran parte de la crisis de nuestra democracia, que terminó por destruirla entre 1970 y 1973, encuentra sus raíces en el error de entender el enfrentamiento entre Gobierno y



oposición, como una batalla sin cuartel. La creencia de que la misión opositora era hacer fracasar al Gobierno de turno, y el encono que para ello se utilizaba, revisten patética elocuencia, como antítesis de la madurez que exige una democracia eficiente y estable.

Ahora bien, si a pesar del imperativo de reconstruir ese consenso mínimo, después de su derrumbe en 1973, subsistiera no sólo el recelo a buscar coincidencias básicas entre los demócratas, sino —peor aún— la

renuencia a reconocerlas cuando de hecho existen, las perspectivas de una futura solidez democrática en Chile se verían seriamente comprometidas.

**S**IN caer en la ingenuidad de abrir ninguna compuerta al totalitarismo, y ni siquiera de creer que las profundas divergencias entre el Gobierno y los opositores no marxistas vayan a desaparecer, resulta indispensable que todos los partidarios de una sociedad libre nos dispongamos a construir y afianzar ese consenso mínimo.

Dejemos que los fanáticos o los obtusos, en uno y otro lado, sigan mirando las cosas en blanco y negro. Que continúen, unos intentando conseguir una hipotética mayor influencia en el Gobierno, y otros una preeminencia en el liderazgo opositor, a base de radicalizar antagónicamente las respectivas posturas. Estoy seguro de que ni aún en ello tendrán éxito, porque el país repudia mayoritariamente los extremismos.

Pero, en cualquier caso, el llevar la moderación y la racionalidad a nuestro escenario político, aparece como una ineludible responsabilidad para todos quienes anhelamos una convivencia democrática armoniosa y estable hacia el futuro de Chile.

---

**“Las consecuencias de mirar sólo hacia adentro del propio sector político, no pueden ser más negativas”...**

---